

do Soledad, descrita por Sábato como un ser nocturno, le conduce por una serie de túneles secretos sin más luz que la de una lámpara que ella lleva. Habiendo atravesado esos laberintos que a Sábato le parecían cada vez más impenetrables, Soledad apaga su lámpara y los dos se reúnen con un siniestro personaje a quien sólo conocemos como R. Que su encuentro tenga lugar bajo la Iglesia de la Inmaculada Concepción resulta irónico, pues Soledad se revela como una mujer serpiente. Los tres forman un triángulo de significado simbólico. R. le revela a Sábato: —Te diré que también éste es uno de los nudos del universo de los ciegos [467]. Soledad se despoja de la túnica y sigue con el monstruoso rito:

Una vez desnuda se arrodilló sobre el camastro en dirección a S. Lentamente echó su cuerpo hacia atrás, mientras abría sus piernas y las estiraba hacia adelante. S. sintió que allí estaba en ese momento el centro del universo. R. tomó el farol de la pared, que despedía un fuerte olor a aceite quemado y mucho humo, recorriendo la cueva se puso al lado de S., y le ordenó:

—Ahora mira lo que tenés que ver.

Acercando el farol al cuerpo de Soledad, iluminó su bajo vientre, hasta ese momento oscurecido. Con horrenda fascinación, S. vio que en lugar del sexo, Soledad tenía un enorme ojo grisverdoso, que lo observaba con sombría expectativa, con dura ansiedad.

—Y ahora —dijo R.— tendrás que hacer lo que es necesario que hagas.

Una fuerza extraña empezó desde ese instante a gobernarlo y sin dejar de mirar y ser mirado por el gran ojo vertical, se fue desnudando, y luego lo hizo arrodillar ante Soledad, entre sus piernas abiertas [468].

Al narrar este episodio clave, Sábato recorre todos los elementos íntimamente asociados con sus tinieblas personales: la noche, la falta de luz, el descenso laberíntico, el ojo simbólico y las claves al universo de los ciegos: siempre la ceguera. En su ascenso, la luminosidad que lo guía se matiza de una nueva impresión de claroscuro, pues no se trata de un sol deslumbrante, sino de «un cielo iluminado por uno de esos soles de medianoche que alumbran glacialmente las regiones polares» [470].

Sábato intenta refugiarse en el universo aparentemente claro de las matemáticas y de la ciencia. En 1938, una década más tarde, Sábato recuerda el horrendo rito con Soledad y se da cuenta de la imposibilidad de resguardarse «en el luminoso universo de la ciencia» [469]. Este esfuerzo representa, al menos, uno de los chispazos de luz —tanto la luz del conocimiento como la de la razón— en un mundo donde ya se ha afirmado la prepotencia de la oscuridad.

Pero no le sirven en su vida las soluciones que le pueden llegar del mundo de las matemáticas. Sábato recurre al juicio de ciertos ocultistas al reflexionar sobre este período de su vida, el cual pasó trabajando en el laboratorio Curie en París: «Sin saberlo, estaba vi- rando yo de la parte iluminada de la existencia a la parte oscura» [339]. El siguiente diálogo entre Sábato y un antiguo conocido suyo, quien parece más bien un inquisidor, revela su intento de huir hacia el universo luminoso:

—Desde chico tuviste terror a las cuevas.

No era tanto una pregunta como una afirmación que yo debía con- firmar.

—Sí —respondía yo mirándolo fascinado.

—Tuviste asco por lo blando y lo barroso.

—Sí.

—Por los gusanos.

—Sí.

—Por la basura, por los excrementos.

—Sí.

—Por los animales de piel fría que se meten en los agujeros te- rrestres.

—Sí.

—Ya sean iguanas, ratas, hurones o comadreja.

—Sí.

—Y por los murciélagos.

—Sí.

—Seguramente porque son ratas aladas, y para colmo, animales de las tinieblas.

—Sí.

—Entonces huiste hacia la luz, hacia lo límpido y transparente, hacia lo cristalino y helado.

—Sí.

—¿Las matemáticas?

—Sí, sí [311-312].

En este momento el protagonista Sábato ve delante de sí muchos elementos del cuadro en claroscuro que han llegado a componer su vida, en la negrura —tanto metafórica como recta— de la cual se ha esforzado por escapar. Sin embargo, como un péndulo que en una de cuyas oscilaciones llega al final de su trayectoria, desde el universo claro de las matemáticas, Sábato se siente irremediamente impul- sado hacia el polo contrario, el mundo de las tinieblas.

A lo largo de la novela se vuelve a insistir en el contraste entre lo claro y luminoso y lo oscuro y oculto, fuerzas que tiran y empujan dentro del protagonista Ernesto Sábato. El recuerda uno de estos momentos de apocalipsis y catástrofe:

Ahora, después de treinta años, vuelven a mi memoria esos días de París, cuando la historia ha cumplido parte de los funestos vaticinios. El 6 de agosto de 1944, los norteamericanos prefiguraron el horror final en Hiroshima. El 6 de agosto. El día de la luz, de la transfiguración de Cristo en el monte Tabor [344].

Sábato asocia el derrumbe de la civilización con su crisis personal, con sus propias tinieblas. La analogía precipita una nueva visión en claroscuro:

Y lo sentía como una revelación inminente y a la vez imposible. Pero acaso ese secreto le fuera revelado a medida que avanzase, y quizá pudiese finalmente verlo a la luz terrible de un sol nocturno, cuando ese viaje terminara. Conducido por sus propios fantasmas, hacia el continente que sólo ellos podían conducirlo. Y así, con los ojos vendados, sentía de pronto que lo llevaban al borde de un abismo, en cuyo fondo estaba la clave que lo atormentaba [276].

En esta búsqueda, el universo luminoso de las matemáticas había sido más un estorbo que una ayuda. Señalando «ese desgarramiento entre su mundo conceptual y su mundo subterráneo» [40]. Sábato vislumbra una débil esperanza en la escritura, en su propia misión de novelista.

Además de su desilusión con la ciencia, otro episodio fundamental en su renuncia del mundo de la luz ocurre en 1938 y en París. Se trata del pintor Víctor Brauner, quien, desde hacía años, pintaba cuadros inquietantes con ojos obsesivos. Es de notar en algunos de esos cuadros la sustitución de un ojo por el sexo femenino, lo cual representa la inversión del monstruoso rito referido entre Sábato y Soledad —conexión no señalada por el propio Sábato—. Pero éste sí nota que Brauner, ya en 1931, había pintado autorretratos con un solo ojo. Volviendo al año 1938, Brauner, al presenciar una discusión excitada entre Domínguez y otro señor, trata de detener a aquél. Domínguez, por casualidad (¿por casualidad?) le arranca un ojo a Brauner. El presentimiento de su porvenir con un solo ojo por parte de Brauner confirma para Sábato el poder de las fuerzas ocultas. Pero estas fuerzas no logran rienda suelta hasta que Sábato escriba el «Informe sobre ciegos».